

La longanimidad

León Barnes

Una de las maravillas de la naturaleza de Dios es su longanimidad hacia la humanidad. Su longanimidad, o paciencia, explica por qué el Señor no ha venido todavía por segunda vez. Esto es lo que leemos: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3.9). Pedro también dijo que fue por su longanimidad que Dios esperó en los días de Noé, mientras se preparaba el arca (1 Pedro 3.20). Pablo declaró que la benignidad y longanimidad de Dios guían a los hombres al arrepentimiento (Romanos 2.4). Ser longánimo significa tomar la naturaleza de Dios. Es ser como el Padre. No es de extrañar que el fruto del Espíritu incluya la actitud de la longanimidad (Gálatas 5.22; KJV).

El significado de la palabra “longanimidad” es “larga tardanza para enojarse; paciencia, resistencia, comprensión”. En el Nuevo Testamento se traduce la mayoría de las veces por “paciente” o “paciencia”.

NACE DEL AMOR

Cuando Pablo escribió el gran capítulo sobre el amor, 1 Corintios 13, él comenzó explicando que sin amor, de nada sirve todo lo demás (vv. 1–3). De entre las características que el amor produce en nuestras vidas, el sufrimiento es la primera que se menciona: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece” (v. 4). Piense por un momento cuánto más fácil es ser paciente y longánimo con las personas que usted ama. ¡El amor cambia nuestras perspectivas!

Cuanto más amemos a los demás, más fácil será para nosotros el desarrollar una actitud de longanimidad hacia ellos. Tal vez ésta sea la razón, por la cual las Escrituras nos hablen tan a menudo acerca de amar a los hermanos. Jesús dijo que el mundo nos identificaría como cristianos por el amor que nos tengamos unos a otros (Juan 13.34–35). Hemos de procurar que “permanezca el amor fraternal” (Hebreos 13.1). Pedro nos mandó que amemos “a los hermanos” (1 Pedro 2.17b). Si el amor ha de sufrir largamente, entonces el amar a nuestros hermanos significa que debemos tener actitudes de longanimidad los unos para con los

otros. No debemos enojarnos fácilmente los unos con los otros.

PRODUCE UNIDAD

La unidad es vital en la iglesia. Jesús oró por nuestra unidad en Juan 17. Él oró por que nosotros fuéramos uno, así como Él y el Padre son uno, para que el mundo crea que Dios le envió (vv. 20–21). ¿Cómo hace una iglesia para tener unidad? Es obvio que no vemos todas las cosas del mismo modo. Mientras las personas tengan sus propios criterios, ellas llegarán a diferentes conclusiones —incluso los que tiernamente aman a Dios y a su palabra. ¿Cómo, entonces, tendremos unidad? Pablo le dio respuesta a esta pregunta en Efesios 4.1–3:

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;...

Parte del andar digno del cristiano es el tener la suficiente humildad y mansedumbre para soportar con paciencia a los demás.

Antes de mencionar los siete “unos”, sobre los cuales la unidad se construye, Pablo habló acerca del espíritu que debemos tener antes de obtener tal unidad. El acuerdo en las doctrinas fundamentales del cristianismo es vital, pero el tener la doctrina correcta jamás producirá unidad, si nuestros corazones o actitudes no son correctos. Del mismo modo que necesitamos que otros sean pacientes y longánimos con nosotros por nuestras fallas, también necesitamos ser pacientes y longánimos con otros que están tratando de hacer lo correcto.

ESTIMULA EL PERDONAR

El espíritu de longanimidad produce una actitud perdonadora. En Colosenses 3.12–13, Pablo escribió:

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.

¿Cuán dispuesto está Dios a perdonarnos? ¡Lo está completamente! “Si confesamos nuestros

pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1.9). El Señor no se muestra reacio a perdonarnos, lo que muestra, más bien, es una abundante disposición a hacerlo. Cuando Jesús anduvo sobre los polvorientos caminos de Palestina, él ilustró cuán deseoso está Dios de perdonar. Cuando las personas venían a él para ser sanadas, Jesús a menudo les decía: “Tus pecados te son perdonados”, aun cuando tales personas no le habían pedido el perdón.

Imagínese lo que sucedería en nuestras vidas y en la iglesia entera, si siempre fuéramos pacientes y considerados con las opiniones y sentimientos de los demás. Rápida y fácilmente perdonaríamos las ofensas. Pasaríamos por alto las diferencias en cuestiones que no acarrearán consecuencias para la eternidad. ¡La paz que prevalecería sería un gozo digno de contemplar!

LLEVA A LA RESISTENCIA

El Nuevo Testamento también habla acerca de la longanimidad o paciencia en el servicio a Dios. Como cristianos que somos, debemos descartar la idea de rendirnos, no importa cuán difíciles puedan ser las tribulaciones que surgen cuando servimos. Esto es lo que Santiago 5.10–11, dice:

Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo.

Job se yergue como el ejemplo de la paciencia. ¿Por qué? ¿Será porque tomó todas las cosas con calma? ¡No! Él no podía entender por qué le había sobrevenido el mal. Él creía que no era justo lo que le sucedía, y le pidió explicaciones al Señor de los problemas que tenía. La paciencia o resistencia de Job, se dieron en el hecho de que él en ningún momento se apartó del Señor, por más difícil que su vida llegó a ser.

Cuando Pablo describió su propia vida en 2 Corintios 4.8–10, esto fue lo que dijo: “... estamos atribulados en todo, más no angustiados; en apuros, mas no desesperados; derribados, pero no destruidos;...” De la vida cristiana de Pablo se puede decir cualquier cosa excepto que fue cómoda; sin embargo, cuando el final llegó, él pudo decir:

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Timoteo 4.7–8).

Abundan las razones para que la gente deje de servirle al Señor. La vida cristiana no es para los pusilánimes. Es para los que están dispuestos a sufrir largamente por el Señor y jamás, jamás rendirse.

Padre lleno de gracia, que estás en los cielos, con humildad te damos gracias por tu longanimidad para con nosotros. Reconocemos que te hemos fallado muchas veces, pero tú permaneciste fiel a nosotros. Ayúdanos, Señor, a ser fuertes y resistir. Que podamos mostrarle al mundo la misma clase de paciencia y longanimidad que tú nos has mostrado a nosotros. A través de Jesús oramos. Amén.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados